

testigos SM



10 de diciembre de 2025

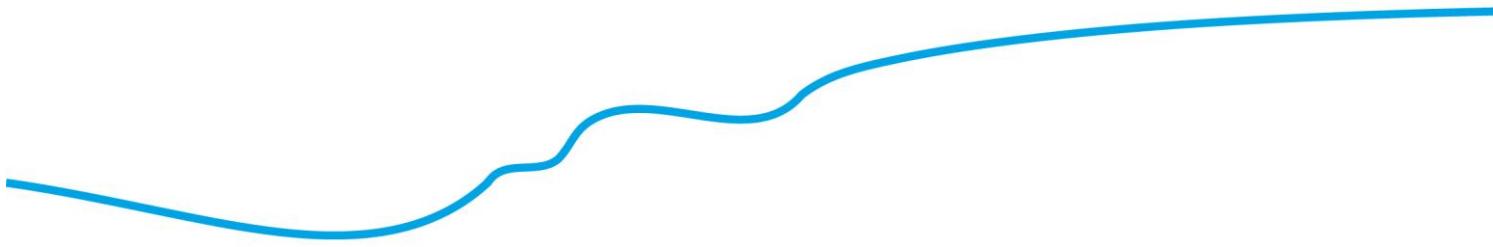
nº. 084

PRUDENCIO ZUAZO ECHAZARRA (1933-2025)



Gracias, Señor, por poner ante nosotros un regalo como Prudencio

Escrito por José María Alvira, SM



El funeral de Prudencio se celebró en la capilla del colegio Santa María del Pilar de Zaragoza el miércoles, 8 de octubre, a las 7 de la tarde. La iglesia estaba abarro-tada. La celebración había congregado a una multitud de personas relacionadas con el colegio: antiguos alumnos de diversas promociones, familias, profesores actuales y jubilados, personal del colegio, fraternos, afiliados, religiosos mariánistas de varias comunidades.

Presidía la celebración el Provincial, Iñaki Sarasua, y concelebraban con él varios sacerdotes mariánistas, entre ellos los tres de su comunidad. En los primeros bancos estábamos los demás religiosos de la comunidad, así como los familiares de Prudencio que habían venido a la celebración. Por razones de salud, su hermana Angelina no pudo quedarse por la tarde al funeral pero, acompañada de sus dos hijas, había pasado un largo rato por la mañana velando a su hermano y después compartiendo unos momentos muy gratos con toda la comunidad.

La asistencia de tantas personas no era de extrañar. Prudencio había despertado la admiración, el cariño y la simpatía de muchas personas vinculadas al colegio y de todos los que le conocieron. Era toda una referencia para la comunidad educativa, la actual y la de los largos años pasados en ella.

Su fallecimiento se había producido el día anterior, 7 de octubre, de forma repentina. Es cierto que durante las dos semanas previas había comenzado a manifestar algunas pequeñas molestias y dificultades, pero su salud general no hacía pre-sagiar este final tan rápido. Tal como nos hizo notar una antigua alumna que lo conocía bien, Prudencio nos ha dejado cuando posiblemente iba a empezar su deterioro.

Poco tiempo antes de su muerte, el 12 de septiembre, había celebrado con la co-munidad el 75º aniversario de su primera profesión religiosa. Y unos días antes había cumplido 92 años. De ellos, los últimos sesenta y uno los había pasado en la misma comunidad (*Santa María del Pilar* de Zaragoza), desde que en el curso 1964/65 se había incorporado a la misma y había empezado una dilatada trayec-toria de trabajo y dedicación al colegio.

FECHAS DE UNA VIDA

1933: Nace el 3 de septiembre en Oyón (Álava), junto con su hermano gemelo, Luis

1945: Ingresa el 29 de septiembre en el Postulantado de Escoriaza (Guipúzcoa)

1949: Noviciado en Elorrio (Vizcaya)

1950: Primeros votos el 12 de septiembre

1950: Escolasticado en Carabanchel (Madrid)

1953: Profesor en el colegio de Valencia

1955: Profesión perpetua el 28 de agosto en Vitoria

1960: Profesor en el colegio de Vitoria

1961: Estudiante en la Facultad de Ciencias Naturales de Madrid

1964: Licenciatura en Ciencias Biológicas (Madrid)

1964: Destinado al colegio “Santa M^a del Pilar” de Zaragoza como profesor

1967: Nombrado subdirector del colegio

1971: Es nombrado administrador de la comunidad y del colegio

1972: Sufre un grave accidente de circulación

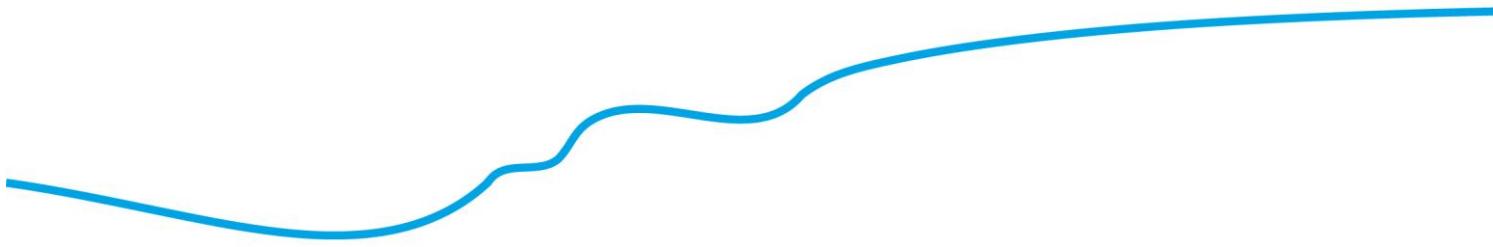
1972: Administrador de la Provincia y miembro del Consejo Provincial hasta 1976

1978: Es nombrado de nuevo Consejero provincial, hasta 1981

1998: Cesa en sus actividades como profesor y administrador del colegio (sigue como ayudante de administración hasta 2024)

2025: Fallece en Zaragoza el 7 de octubre





Prudencio había nacido en 1933 en Oyón, un pueblo de Álava muy próximo a la ciudad de Logroño. Sus padres se llamaban Mariano y Orosia. El padre era viticultor en una comarca, La Rioja, justamente célebre por sus vinos. El 3 de septiembre nacieron los dos primeros hijos del matrimonio: Prudencio y su hermano gemelo Luis. Más tarde nació Jaime. Pocos años después del nacimiento de Prudencio su padre se ausenta durante un tiempo de la casa familiar porque es movilizado para participar en la guerra civil. Más tarde nace la única hermana, Angelina, y después el más pequeño, Mariano.

Fue bautizado en la parroquia del mismo pueblo al día siguiente de nacer y fue confirmado con 13 años en Aretxabaleta, cuando ya era postulante. Efectivamente, había ingresado en el Postulantado de Escoriaza un año antes, en septiembre de 1945. Él mismo nos recordó a la comunidad el día 29 de este último mes de septiembre, poco antes de su muerte, que ese día se cumplían exactamente 80 años de su entrada, junto con la de todos sus compañeros, en el Postulantado.

Sus formadores durante estos años lo describen como serio, dócil, sencillo, de buenos sentimientos, cumplidor, a la vez tímido y alegre, dotado de una inteligencia muy buena, con unas notas excelentes en sus estudios y con interés por su formación religiosa. Se arregla muy bien con sus compañeros, es atento en su relación con sus profesores y su expresión oral es “fácil y algo nerviosa”.

En la carta que dirige al Provincial en 1949 para solicitar su admisión al Noviciado, expresa, con un talante humilde y un estilo barroco propios de la ocasión, su deseo de ser un marianista fervoroso, observante y generoso, aunque él modestamente se ve todavía lejos de ese ideal. Le gustaría dedicarse a la docencia, pero está dispuesto a lo que digan sus superiores. En el informe favorable que el Consejo remite al Provincial, se reiteran las apreciaciones positivas de los informes semestrales de su etapa de postulante, añadiendo que es “amante del deporte, pero con medida”. Aunque el informe señala que poco a poco va siendo más comunicativo, se insiste en su sensibilidad y su timidez, que le privan de la influencia que pudiera ejercer en su entorno. Lo mismo sucede con los sucesivos informes, escritos en francés, que el P. Maestro, P. José Asenjo, va elaborando durante el año de noviciado, que había empezado el 11 de septiembre.

Y en su carta de petición de los primeros votos, Prudencio se reafirma en sus disposiciones y solicita, con mucha humildad, su entrada en la Compañía de María. Expone su deseo de ser sacerdote, algo que más tarde volverá a repetir en las peticiones de renovación de votos de los dos años siguientes. Las recomendaciones favorables de los consejos, tanto del Noviciado como del Provincial, P. Florentino Fernández, reiteran esta orientación futura al sacerdocio y a la docencia en la enseñanza secundaria. La decisión final de la Administración General va en la misma dirección.

Hace su primera profesión el 12 de septiembre de 1950, precisamente en el momento en que la Provincia marianista de España se divide en la de Madrid y la de Zaragoza. Prudencio es destinado a esta última, aunque el Escolasticado de Carabanchel al que es destinado sigue siendo único para ambas provincias.

En 1953, al término de sus tres años como escolástico, termina el Bachillerato. En las sucesivas peticiones de renovación de votos de estos años se muestra animado, a la vez que reconoce, quizá de una manera demasiado modesta, que no siempre es modélico en todo, aunque está dispuesto a superar sus posibles deficiencias. En los informes correspondientes de sus superiores, vuelven a repetirse las consideraciones que siempre se han venido haciendo: su inteligencia y su memoria, los buenos resultados académicos, su buena disposición religiosa, su carácter reservado, sentimental y reflexivo. Y añaden: "Cumple bastante bien sus deberes religiosos".



Con su hermana Angelina en 1959

En esta época y en un momento dado, con ocasión de su solicitud de renovación de votos, manifiesta con sencillez una etapa insólita de intranquilidad personal, en la que se conjugan actos y posturas muy buenas junto con ciertas debilidades. No obstante, mantiene firme su ideal de los comienzos, con el deseo de que su vida sea totalmente generosa y entregada. El 28 de agosto de 1955 hace su profesión perpetua.

En 1960 es destinado a Vitoria, en donde permanecerá solamente un año, al término del cual se traslada a la comunidad del colegio *Nuestra Sra. del Pilar* de Madrid, para cursar los estudios universitarios de Ciencias Biológicas, que, probablemente, había empezado con anterioridad en la Universidad de Valencia. Termina la licenciatura en el breve plazo de tres años, aprobando asignaturas correspondientes a más de un curso académico en un solo año. De todo ello va dando cumplida cuenta en sus cartas al Provincial, P. Julio de Hoyos.

Además de sus estudios universitarios, imparte también algunas clases a los alumnos del colegio de *El Pilar* en el que reside. No olvida tampoco su formación

religiosa y, animado por sus superiores, el último año de su estancia en Madrid se interesa por los cursos que imparte el *Instituto Central de Cultura Religiosa Superior* y, en particular, los de Teología sacramental y Principios filosóficos.

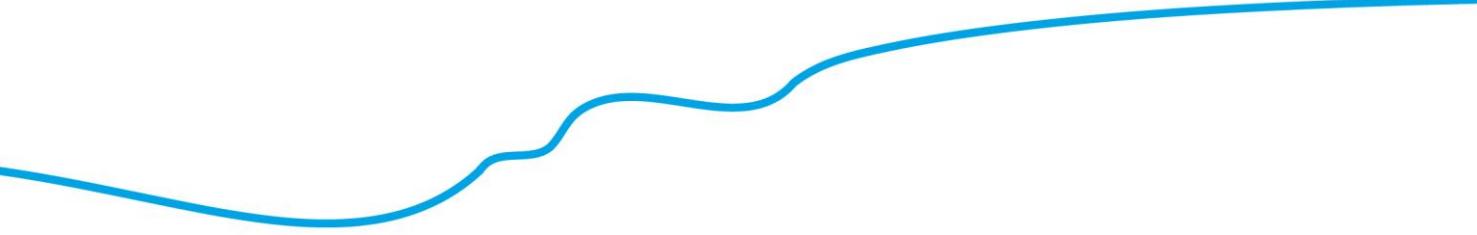


Prudencio, que se ha hecho con el balón, con un equipo de fútbol formado por jóvenes mariánistas (Vitoria – verano de 1959)

Y justamente al terminar la carrera universitaria es destinado a la comunidad del colegio *Santa María del Pilar* de Zaragoza, en donde permanecerá el resto de su larga vida.

Empezó siendo profesor de varias asignaturas de ciencias, especialmente de las de su especialidad, la biología, una actividad que continuó a lo largo de treinta y cinco años. Era un profesor muy competente y apreciado por sus alumnos, que le mostraron desde el principio un gran respeto y admiración. No era de muchas palabras y siempre mantuvo en sus clases una gran autoridad, que sabía combinar con su bondad y paciencia.

También fue en estos primeros años el responsable de la biblioteca, acompañante de los congregantes y encargado de los deportes. Elaboraba la alineación del equipo de fútbol del colegio [en la que a mí me colocaba en una posición que yo no consideraba la más idónea...], pero no nos daba muchas indicaciones tácticas. Lo recuerdo, cuando nos enfrentábamos a los equipos de otros colegios, contemplando los partidos desde la banda con la serenidad que le caracterizaba.



Mientras tanto, muestra interés por seguir formándose en su especialidad de biología y por ir progresando en su conocimiento del inglés. También participa en la elaboración de un libro de Ciencias Naturales de ediciones SM. Renuncia, sin embargo, a la invitación que le hace el Provincial a participar durante dos veranos seguidos en un “segundo noviciado”, porque supondría para él un estado de agobio y tensión tras un curso escolar en el que piensa “que está ocupado a tope”.

En el año 1967 se produce un triste suceso en su familia, que deja en Prudencio una honda impresión: su hermano Jaime, tres años más joven que él, muere en un accidente mientras trabajaba la tierra con el tractor cerca de su pueblo natal.

Y en el verano de ese mismo año, al terminar D. Jacinto Velasco su período como Director del colegio, el Provincial, P. Eduardo Benlloch, propone a Prudencio asumir esa responsabilidad junto con la de Superior de la comunidad, cargos que en aquellos momentos iban unidos. La propuesta le causa a Prudencio una gran desazón, como puede apreciarse a través de las cartas que intercambió en esos momentos con el P. Provincial. Él no se consideraba a la altura que exigían esas responsabilidades y se resistía a aceptar el encargo.

Durante un tiempo ambos se mantienen en sus posturas como muestran las cartas que se intercambian entre ellos. A finales de agosto, Prudencio le escribe diciendo lo siguiente:

Muy apreciado P. Provincial: he recibido carta del Superior General. Comprendo perfectamente los motivos que ha tenido para darme esa respuesta tan delicada y amable...

Con todo, si no es abusar demasiado de su paciencia y buen humor, permítame insistir una vez más en mi firme convicción de que NO DEBO admitir ese cargo por considerarme, en estos momentos, INCAPACITADO para ello.... Espero sepa comprender y perdonar mi actitud.

(Las mayúsculas son suyas)

El Provincial le escribe el mismo día, en lo que parece un cruce de cartas:

He hablado con el Buen Padre, que me ha dicho que Vd. le había escrito una larga carta. Él la ha leído con todo interés y cariño; no me la ha enseñado, puesto que me dijo que era en plan confidencial. Pero sí que me ha dado la orden de mantener su nombramiento como Superior del Colegio de Santa María del Pilar de Zaragoza.

En vista de esto, le adjunto un proyecto de personal para el curso próximo. Estúdielo rápidamente....

En la carta de respuesta que le escribe poco después, el último día de agosto, Prudencio hace varias consideraciones sobre el personal docente necesario para el curso que va a empezar un mes más tarde y, con un tono más firme que en su carta

anterior, llega a decir lo siguiente en relación con el deseo de los superiores de nombrarle Superior y Director:

Pero ante todo lo que hace falta ocupar es el puesto de Director. Es la principal vacante....

Estoy bastante abatido por esto que considero un auténtico atropello de mi persona, pese a todas sus buenas intenciones que no las pongo en duda. Con todo, en medio de mi tristeza todavía me mantengo sereno, confiando que sepan rectificar a tiempo....

Y le vuelvo a repetir que no piense que renuncio por egoísmo... Pero soy consciente de lo que puedo hacer y no hacer, y lo que Vds. pretenden me parece una locura. Creo que se apoyan demasiado en lo debía ser y muy poco en lo que soy.

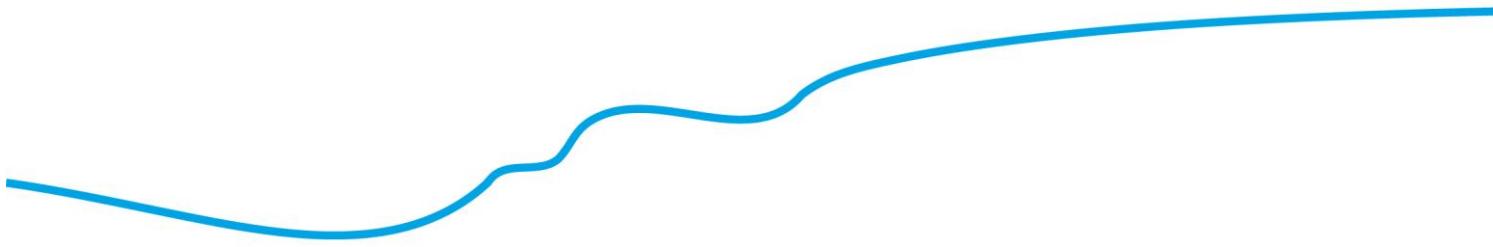
Finalmente, es nombrado otro religioso como superior y director, mientras Prudencio añade a sus tareas la de subdirector del colegio, cargo que ocupará durante unos pocos años.

Al comienzo del curso siguiente el Colegio se traslada desde la calle Miguel Servet, junto al Palacio de Larrinaga, a las nuevas instalaciones del Paseo de los Reyes de Aragón, en las afueras de Zaragoza, a orillas del Canal imperial de Aragón. A partir de ese momento y en pocos años, el colegio va a experimentar un aumento considerable del número de alumnos y de profesores.

Y el 26 de diciembre de 1972 es Prudencio quien sufre un grave accidente de coche. Había ido a visitar al grupo scout del colegio, que estaba haciendo un campamento cerca del Moncayo. En el viaje de vuelta hizo una maniobra brusca para evitar atropellar a un peatón y el coche se salió de la carretera. Como consecuencia, además de heridas menores, queda con dos costillas rotas, fisuras en la cadera, dislocación del fémur y rotura de pelvis. El accidente había sido brutal: en el taller donde llevaron el coche, convertido ya en chatarra, suponían que había dado varias vueltas y que Prudencio pudo salir milagrosamente despedido rompiendo el cristal central.

Al día siguiente le operaron por primera vez. "D. Prudencio tiene la pelvis como un saco de nueces", comentó el doctor Pelegrín, el traumatólogo que le atendió en la Clínica Montpellier. Aun en ese estado, a Prudencio le preocupaban las sustituciones para impartir sus asignaturas. Finalmente las pudo cubrir otro marianista, que le informaba puntualmente de cómo iban las clases. Tras una segunda intervención quirúrgica empezó la recuperación, que fue larga y dolorosa, sobre todo al principio. A pesar de ello, nunca perdió la sonrisa.

El accidente, del que se había salvado milagrosamente, le dejó una ligera cojera, que pasado el tiempo se fue acentuando con los años. Pero esto no le impidió empezar a jugar al tenis en los campeonatos que se organizaban en el colegio, en los que incluso ganó varios trofeos. Resultaba increíble ver cómo se había recuperado. Prudencio era



un gran jugador en los deportes de mano; no hay que olvidar que en Oyón, su pueblo, había una gran afición al juego de pelota vasca.

Unos meses antes del accidente, al comienzo del curso 71/72 y mientras continuaba dando sus clases de Ciencias Naturales, había sido nombrado administrador de la comunidad y del colegio. No tenía ninguna formación específica para ello, pero asumió con entusiasmo y una enorme dedicación esta nueva responsabilidad, que desempeñó a lo largo de cerca de treinta años. A partir de 1998 le sustituyó una persona seglar, pero Prudencio siguió trabajando como ayudante de administración hasta casi el final de sus días.

En 1972, siendo Provincial el P. Eduardo Benloch, es nombrado administrador de la Provincia y miembro del Consejo provincial hasta el año 1976. Al final de este curso, el Asistente General para asuntos económicos, Gerald J. Schnepp, escribe una carta a Prudencio para darle las gracias y felicitarle por el Informe que le había enviado dándole cuenta de la situación económica de la Provincia, en el que explicaba cómo se estaban abordando los asuntos financieros y cómo se estaban tratando algunas cuestiones relativas a las propiedades provinciales.

En 1977, con el P. Salaverri al frente de la Provincia, es nombrado de nuevo consejero provincial hasta el final del curso 80-81.

La acumulación de tareas supuso en algún momento que no pudiera asistir a todas las reuniones del Consejo Provincial, que entonces se celebraban en Madrid. Con ocasión de una ausencia, el P. José M^a Salaverri, le expresa en una carta de 1979, cariñosa a la vez que exigente, su preocupación por una actitud que le parece inexplicable. Prudencio, con actitud conciliadora, le tranquiliza explicando el motivo de su ausencia: debía hacer un trabajo urgente de administración, para lo que había calculado unas 70 horas de trabajo (!!). Pero, además, Prudencio se extiende en su carta, reiterando humildemente su convicción de que él no aporta gran cosa a las reuniones del Consejo o del Capítulo. Sin duda, los hermanos de la Provincia tenían de él una opinión más favorable...

Cuando el P. Salaverri va a empezar su segundo mandato como Provincial, nombra consejero nuevamente a Prudencio, “ateniéndose fielmente al resultado de la consulta”. Era una muestra de la confianza que Prudencio suscitaba en el conjunto de religiosos de la Provincia y en el propio P. José María. Sin embargo, no llegó a ocupar de nuevo ese cargo, ya que el P. Salaverri fue elegido Superior General ese verano en el Capítulo General de Linz, y fue nombrado un nuevo Provincial, el P. Ignacio Otaño, y un nuevo Consejo.

En el colegio, desde el momento en que pudo recuperarse de las secuelas del accidente, había continuado con los trabajos que tenía asignados: profesor de biología y administrador, tareas que desempeñó hasta el curso 1997/98. Siempre fue muy estimado por todos sus alumnos por su buen hacer en clase, su interés y gusto por la biología, su sencillez y la autoridad que sabía imponer de manera amable y natural.

Estos son los testimonios de dos alumnos de sus primeros años en Zaragoza:

Deja en todos los que pasamos por el colegio un imborrable recuerdo de persona con una brillante inteligencia, de magnífico docente y generosa entrega al alumnado.

Magnífica persona que siempre en general y en lo que toca a nuestro curso, se volcó en ayudarnos con ese carácter dulce y pacífico que le caracterizaba. Creo que formará parte importante de nuestros mejores recuerdos del colegio. Una de las mejores personas que he conocido.

[Todos conocíamos de siempre esa “dulzura” de carácter de Prudencio, a la que alude este segundo testimonio. Era natural en él, y no creemos que tenga nada que ver con su afición desmedida a los dulces en general, y al chocolate en particular...]

Y cuando por razones de edad concluyó su etapa como docente, no dejó de estar activo. A pesar de su cojera, que ya empezaba a ser más notoria, dedicaba largas horas, en verano y en invierno, a rastrillar y recoger las hojas de los árboles —a los que él había etiquetado con el nombre científico correspondiente—, arrancar malas hierbas en los patios del colegio y colaborar al mantenimiento de las instalaciones colegiales. Más de una vez le tuvimos que llamar la atención en la comunidad por lo que considerábamos un exceso de dedicación a estas tareas en los crudos días de invierno o en los tórridos días del verano zaragozano...



Prudencio y Luis Altuna, dos referencias fundamentales en la historia del colegio (¿1995?)

Era un gran aficionado al deporte. Lo había practicado, “con medida”, en sus años más jóvenes. Más tarde, no se solía perder ninguna retransmisión televisada de los campeonatos de atletismo, de tenis y de otros deportes. Y tampoco, sobre todo en los últimos años, de los partidos de pelota retransmitidos por la televisión vasca, que seguía con entusiasmo y que incluso le hacían olvidar a veces los horarios de la comunidad. Después nos comentaba los últimos resultados y nos describía algunas grandes actuaciones de sus jugadores preferidos.

Prudencio siempre mantuvo una relación muy cercana con su familia. Procuraba ir a visitarla siempre que podía (para lo cual se requería, cuando él era un joven religioso, el oportuno permiso del Superior Provincial...). El 3 de septiembre de cada año era para él una cita casi obligada que no solía perderse: ese día era su cumpleaños y el de su hermano gemelo y, casualmente, también lo había sido el de su padre. Era una costumbre que mantuvo hasta el final: la última vez que participó en ese encuentro festivo fue pocas semanas antes de su muerte. Disfrutando todavía de una buena salud, fue a reunirse como todos los años con sus familiares para la tradicional celebración en Oyón y en Logroño.

Pero también en momentos menos agradables y festivos, como muestra su correspondencia, se interesa por ellos, poniendo de manifiesto ese carácter sensible y discreto que ya adivinaban en él sus primeros formadores marianistas.



En Oyón con su madre, cuando esta cumplió 100 años

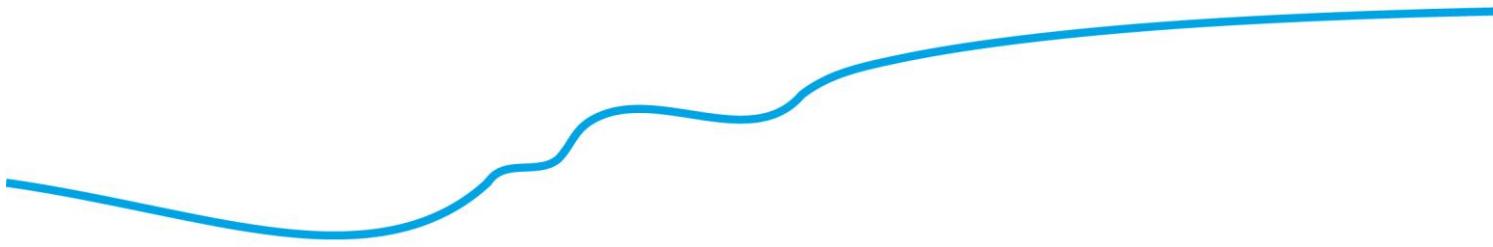


Con un grupo de familiares en el 60º aniversario de su primera profesión (21 de agosto de 2010)

A finales de septiembre de este año 2025, empezó a sentir algunas molestias en la piel, que no parecían revestir excesiva gravedad, pero que aconsejaron la visita a los especialistas de dermatología y cirugía vascular. Y el día 7 de octubre, cuando aún estaban pendientes algunas de esas consultas médicas, sufrió un ataque repentino poco después de levantarse por la mañana. La asistencia médica que recibió casi inmediatamente no pudo hacer nada para evitar su fallecimiento. Se fue de una manera discreta, como él había sido siempre en su larga vida.

Los miembros de la comunidad que pudieron, así como la dirección del colegio y las personas de administración con las que había compartido tantas horas, estuvieron cerca de él en esos últimos momentos. Desde el instante en que la noticia se extendió, tanto por el colegio como fuera de él, no dejaron de llegar mensajes de condoleancia, algunos muy emotivos, que ponían de manifiesto todo lo que Prudencio significaba para los que le habían conocido.

Efectivamente, han sido innumerables los testimonios de las personas, la mayoría antiguos alumnos, que, tras su fallecimiento, como lo habían hecho también a lo largo de su vida, han expresado de muchas maneras su admiración y su agradecimiento a Prudencio. Sería muy difícil recoger todo lo que contienen esas manifestaciones de aprecio, pero hay palabras que se repiten prácticamente en todas ellas: era acoyedor, bueno, trabajador incansable, siempre tenía una sonrisa en la cara, trasmítia paz y serenidad. Todos resaltan su amabilidad, su cercanía y su escucha paciente.



Y además era, por supuesto, un excelente profesor de Ciencias y, en particular, de Biología. Muchos hacen referencia a su dedicación, su sabiduría, su inteligencia y su memoria. Porque si todos los alumnos que tuvo —y lo mismo se puede decir de sus familias— lo recordaban, él también se acordaba prácticamente de todos ellos.

He aquí unos pocos testimonios de entre los muchos que recibimos en la comunidad:

;Cuánto cariño teníamos a D. Prudencio! Ni una vez de las muchísimas que hemos estado con él sin una sonrisa. Es la única forma de recordarlo. Me alegró mucho ver la iglesia llena en el funeral y el whatsapp del curso lleno de afectuosos mensajes y disculpas por no poder asistir. Seguro que los frondosos jardines que ahora encontrará son más fáciles de cuidar y desherbar. Desde allí también os cuidará a toda la comunidad; nos cuidará a quienes lo conocemos. (R.J.)

Acudimos para brindar un último adiós a don Prudencio a la iglesia del colegio Santa María del Pilar, al que él dedicó la mayor parte de su vida. Su familia biológica, sus hermanos marianistas, con quienes compartió 75 de sus 92 años, y nutrida copia de quienes tienen o hemos tenido algo que ver con ese centro escolar, en número tal que no por esperado dejó de sorprenderme y reconforarme.

Era de justicia. Y es bueno que se reconozca a los hombres y mujeres de bien por su compromiso y su servicio. Más de 60 años, en el caso de Prudencio Zuazo Echazarra, trabajando en Zaragoza con la cálida sonrisa que siempre le adornó el rostro. Se conoce que un nombre como el suyo imprime carácter, y él, discreto y eficaz, supo estar a la altura, conduciéndose siempre con serenidad y mesura.

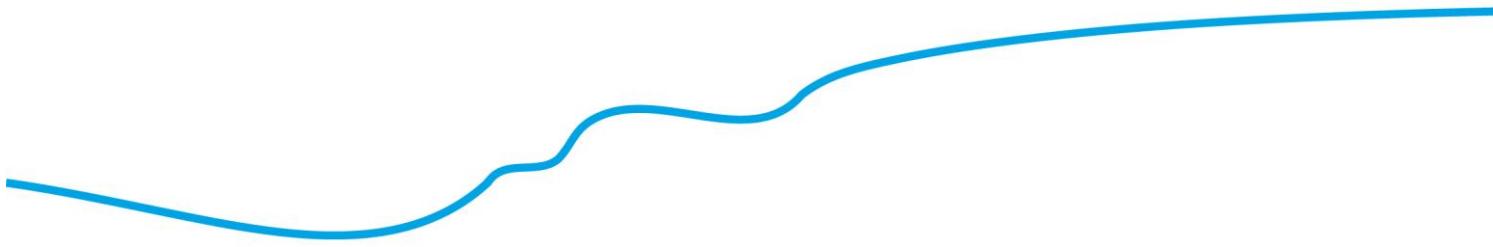
Sencillo y humilde como era, hubiera rehuído loas y panegíricos a pesar de haberse hecho acreedor a ellos. Quizá por eso sea obligado el hacerlas: para recalcar el valor de esa entrega y sentar ejemplo que inspire a otros.

(De la carta del antiguo alumno A.H. publicada en el periódico *Heraldo de Aragón* el día 17 de octubre).

Un profesor del colegio —también antiguo alumno— dedicó a la persona de Prudencio una emisión radiofónica dirigida a todos los alumnos de bachillerato. Esta es una parte de su mensaje:

Algunos hemos tenido la suerte de ver esa bondad (la bondad auténtica, sin intereses, sin apariencias, sin hacer ruido) desde nuestra más tierna infancia, cuando, siendo niños, llegamos al cole por primera vez. Ahí estaba él. Porque para muchos, él siempre estuvo ahí. Desde que el colegio nació.

Lo recuerdo siempre elegante, con su traje y su corbata (cuando fue haciéndose mayor cambió el traje por el jersey, pero nunca faltó la corbata), en la administración del colegio, dándonos el ticket de comedor, gestionándonos los



libros del cole, cobrándonos una excursión o repartiéndonos caramelos por haberle ayudado a ensobrar unas cartas o a pegar unos sellos.

A media mañana se ponía la bata blanca y se marchaba a clase donde le esperábamos con la esperanza de que ese día tocara paseo por el colegio para estudiar el montón de especies de árboles que había. Tan solo me dio clase un año, el último curso del colegio. La biología de COU. Y sin embargo ha estado en mi imaginario del colegio desde que tengo recuerdo.

Y por las tardes, hiciese frío, niebla o viento, o un sol de verano abrasador, lo veíamos cuidando del colegio, regando o arrancando hierbas, subido en los tejados de los pabellones para reparar las goteras, encendiendo la calefacción o ayudando a que los coches aparcaran el día de las reuniones de padres.

Nunca lo veíamos en los sitios importantes, ni en los primeros puestos, ni en los escenarios. En la capilla, siempre a partir de la 5^a fila (y si era más atrás, mejor), o en el patatero, o en las moreras, o limpiando la piscina, o pintando los bordillos para que los coches no aparcaran mal...

Siempre, siempre, había alguna cosa que arreglar o mejorar en el cole. Siempre había algo que podía dejarse más bonito.

Y si estabas enfermo te iba a visitar, o te llamaba, o te escribía...

A veces Dios nos pone en el camino personas que, desde su silencio y discreción, nos leen el evangelio con su vida y nos hablan con su ejemplo de entrega y cariño.

A veces Dios nos pone en el camino “Prudencios”, para que aprendamos y nos hagamos mejores. Gracias Señor, por ponernos de vez en cuando ante nosotros regalos como D. Prudencio.

(C.N.)

Otro de sus antiguos alumnos le escribió una larga carta unos años después de terminar el colegio, cuando todavía Prudencio estaba entre nosotros. En ella le decía lo siguiente:

Querido Prudencio: no sé en calidad de qué te escribo esta carta. Quiero pensar que de “agradecido”. O de una mezcla de admirador, amigo, cómplice sencillo de tu actitud siempre bondadosa. Quizá te suene raro, pero es la necesidad que tengo de darte las gracias por ser como eres, por estar ahí.

De ser como eres, por destilar ternura, por tener siempre una sonrisa para todos, por hacerme creer aquello tan anhelado del cristianismo pequeño, amable, sin estridencias, humilde.

Y terminaba el largo mensaje que le escribió con estas palabras:

En definitiva, que te agradezco mucho y me alegra de tenerte cerca, que te deseo que sigas siendo tan entrañable como eres para todos nosotros y para mí en especial. (PB)

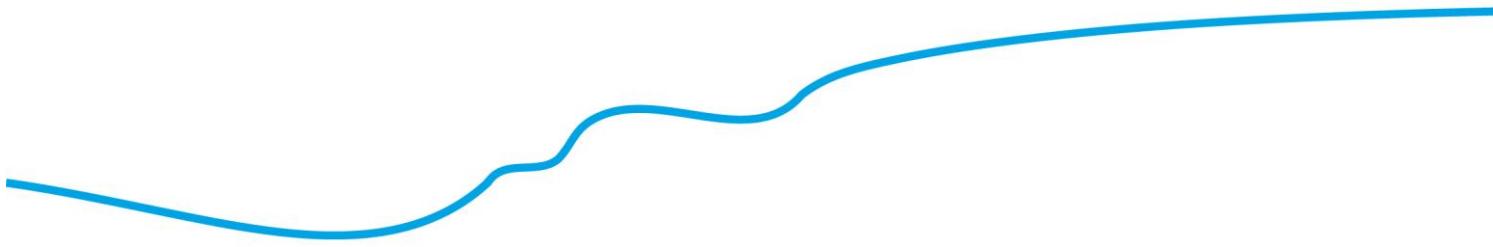


Prudencio ha sido un religioso fiel y feliz. A veces bromeábamos con él, diciendo que era el único que practicaba el voto de estabilidad: llevaba más de sesenta años en la misma comunidad. Pero ahora, como nos sugería uno de los mensajes recibidos esos días, sí que ha cambiado y lo ha hecho coincidiendo con el año del Jubileo de la Esperanza: ha pasado a la comunidad de los santos, desde la que seguro que seguirá velando por la Compañía de María y por el colegio. Sin duda, más que un vacío difícil de llenar, Prudencio ha dejado entre sus hermanos marianistas y en todos los que le conocieron una huella imborrable.

Unos párrafos de la homilía del Provincial, Iñaki Sarasua, en el funeral, resumen bien lo que ha sido la vida de Prudencio como religioso marianista:

Su vida —larga, entregada y fecunda— solo se entiende si se tiene en cuenta que desde muy joven optó por creer a Jesús a fondo cuando dice: “vosotros buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia; porque todo lo demás Dios os lo dará por añadidura”. Prudencio puso tanta fe en esta palabra de Jesús que apostó su vida entera a esta carta, poniendo totalmente en manos de Dios su vida y cediéndole a él el timón de su barca.

Prudencio creyó a Jesús y lo apostó todo a una carta, al poner su vida al servicio el Reino de Dios como religioso marianista. Eligiendo el mismo estilo de vida libre y disponible de Jesús, Prudencio, con sus votos de castidad pobreza y obediencia, renunció a formar una familia... y resulta que se descubrió formando parte de una familia enorme, queriendo y educando a un número incontable de



hijos, como Abrahán; renunció a tener bienes propios... y Dios le mostró que tenía todo cuanto necesitaba para vivir, que compartirlo todo le liberaba, y que era rico de otra manera. Por el voto de obediencia Prudencio renunció a elegir hacer lo que quería... y se descubrió así libre y disponible como Jesús, al servicio de una misión mayor, para lo que hiciera falta.

Prudencio: gracias por todo. Descansa en paz.

José María Alvira
Diciembre de 2025